

Supervivencia de García Monge

Por Vicente Sáenz

A los 77 años de edad, en las últimas horas del mes de octubre de 1958, poco antes de oficiarse la primera misa en conmemoración del día de Todos los Santos, se apagó en mi pequeña Costa Rica la ejemplar vida luminosa de don Joaquín García Monge. Vendría con la siguiente aurora la conmemoración de los fieles difuntos. En ambas fechas simbólicas habrá entonces que rendirle tributo a don Joaquín: en una, por su sitio destacado en el santoral de la dignidad hispanoamericana; y en la otra, porque hon-

rar y llevar en el corazón a los que ya pasaron, si fueron ciertamente fieles y dejaron sembrada entre nosotros su semilla de luz, es proclamar como hecho válido que la obra del espíritu prevalece por sobre la extinción de la materia.

Dicho en forma diferente, hay muertos insignes que no mueren, que siguen y seguirán viviendo, que se immortalizan, antes bien, cuando toman la barca mitológica que los conduce a su descanso eterno.

De esos muertos con vida

número, al lado de sentencias de Hostos, Martí, Sarmiento y Bolívar, como quien dice, del Estado Mayor de la dignidad americana.

Mas García Monge tan enfermo, se "comió" una palabra del ideario juarista. Y estábamos por aclarárselo llenos de cordialidad, cuando en un rincón de cierto periódico atiborrado de mayúsculas—culpas del tiempo son... leíamos que Joaquín García Monge había muerto en su Costa Rica ejemplar.

Tiempo habrá de que dialogue con Juárez. En citas de ultratumba que en noches propicias tendrán todos los grandes espíritus, precisamente para que no todo sea tinieblas acá abajo.

Allá por 1954 cuando fue derrocado el Presbente Arbenz, de Guatemala, y Honduras y Nicaragua estaban a punto de echarse sobre nuestra buena vecina, escribimos una carta abierta a don Joaquín. Invocando, a través de él, a los mejores hombres de Centro América para que

pusieran el peso de su fuerza moral en un conflicto fratricida, cuando el sueño de unidad de Morazán parecía más que ununca delirio de paranoico.

Contestó el maestro. Aludiendo a que debía ser un hijo del México de Morelos y Juárez, quien llamara al orden en aquel terrible momento que un Canciller Imperial calificó de Gloriosa Victoria."

Murió García Monge acabando octubre, vispera de la recordación litúrgica a los Santos. Y ¿quién más santo que él...? Santo con espada, parafraseando a alguien. Santo de la verdad que vivió en su rincón de Centroamérica atrincherado en modesto gabinete, con visera profesional y pobreza más profesional y—¿cómo olvidarlo!— con incompreensión que a veces a cosa al hombre de alma despejada, sobre todo en pequeñas ciudades.

Así, no es de extrañar que uno de los ilustres publicistas de América a quien tanto debe la divulgación de nombres,

perdurable tiene la cultura hispánica, entre los primeros, a nuestro don Joaquín: el paciente, el apostólico, el infatigable cohesionador de voluntades, de ideas y de inquietudes, que pudo mantener vivo, cerca de cuatro decenios, el milagro de su Repertorio.

Tocante a su humildad sin fingimiento sean prueba estas palabras, dirigidas a don Ernesto Rodríguez en 1929, según carta que reproduce el escritor y catedrático de la Universidad de Costa Rica, en su magnífica *Historia y Antolo-*

ideas y algo mejor, ideales, poseedor del yacimiento aurífero de la modestia en zonas donde ella no abunda, no tuvo—hemos leído— el indispensable "smoking" para recibir un premio de campanillas que cada año ofrecen los EE. UU. a nuestras gentes de prensa.

Y es que Joaquín García Monge era de la raza de humanistas que nacieron para servir a los demás. A veces sacrificando su propia obra. Se dice pronto. Se sufre largo, pero al cumplirse la cita fatal con el sepulturero un mundo agradecido clama por uno. Con lágrimas, con flores, con recuerdos, con rabia. Porque en esta hora nona del egoísmo se van los mejores, como García Monge. Los Santos con espada.

En su honor bueno será transcribir una líneas escritas por uno de los máximos héroes latinoamericanos:

Señor Joaquín García Monge. *Repertorio Americano*, San

gía de la Literatura Costarricense. Escribió en aquella fecha e maestro y compatriota inolvidable:

"Yo no tengo biografía. Aún no he hecho nada que merezca recordarse. Hace como cuarenta años que nací en Desamparados, en donde pasé al lado de mi madre mi niñez y la adolescencia. Hice los estudios primarios y secundarios en el Liceo de Costa Rica. Un día de tantos, se le ocurrió a don Justo Facio mandarme a Chile, a hacer estudios pedagógicos. Pasé en aquel país tres años, del 1901 al 1904. Volví aquí con carrera de profesor, que a saltos y brincos he ido recorriendo. En el camino me ha tocado ser director de la Escuela Normal y Secretario de Instrucción Pública. En ninguna parte he hecho nada. Ahora me refugio en la Biblioteca, sabe Dios hasta cuándo, mientras llega la hora de morir, que es la mejor. Hace como diez años me casé. Tengo un hijo que es toda mi ilusión. Si en algo he servido al país es con las ediciones. La *Colección Ariel*. El *Convivio* y

José de Costa Rica.

Apreciable señor:

Cábeme el honor de saludar a usted afectuosamente y hacer de su conocimiento que he recibido la cantidad de... 122.50 pesos oro norteamericano que por el digno medio de nuestro Representante en el Exterior, señor Froylán Turcios, residente en Tegucigalpa, Honduras, se sirve usted enviarnos para el sostenimiento del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua.

Me es grato rendir a usted y a las personas que han dado su óbolo para darnos muestras de solidaridad en la Causa que defendemos, nuestras gracias más expresivas.

Tengo a mucha honra suscribirme de usted fraternalmente. Patria y Libertad.

Augusto César Sandino.

El Chipotón, Nicaragua,

3 de enero de 1929."